



LA CUSTODIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN SEVILLA.

LA PROCESSION DEL CORPUS EN SEVILLA.

LA CUSTODIA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

La traza de la famosa y célebre custodia fue presentada al Cabildo en el año de 1580, por su autor Juan de Arfe, natural de León, maestro de nombradía en el arte de la platería: todo fue aprobado, se puso al punto manos en la obra, y fue concluida en 1587. Arfe, que además de ser el primer artífice que en su género había en España, era al mismo tiempo docto escritor de su profesión, nos dejó un librito, que imprimió en Sevilla en el citado año de 87 describiendo la custodia; obra rarísima que poseemos. La dedicó al Cabildo, y dice que este eligió al canónigo licenciado Francisco Pacheco, para que entendiese en las figuras, geroglíficos é historias que habían de esparcirse por toda la custodia.

La traza de esta admirable pieza es redonda con los encañamientos resaltados; tiene cuatro varas de alto, está dividida en cuatro cuerpos proporcionados, cada uno de ellos tiene veinte y cuatro columnas, las doce mayores labradas de relieve, y las otras doce son menores y sirven de impostas á las arcas: están istriadas. Todos los adornos son del gusto plateresco, en su género de los mas completos que produjo el feliz siglo XVI. Toda es de plata. La ejecución de cada una de las piezas es digna de las alabanzas mas ponderadas, y solo el ojo inteligente que examine la custodia de la catedral de Sevilla detenidamente, podrá explicar aquel sobresaliente é inesplicable mérito en las estatuas, en los bajos relieves, y adornos de unificación esparcidos con profusion y acierto por las columnas, pedestales y frisos. El primer cuerpo es jónico; en su centro estaba (como diremos despues) la estatua de la Fé representada por una matrona con las insignias correspondientes, á sus pies la herejía, significada por un monstruo; á sus lados las estatuas del entendimiento y de la sabiduría humana; y la de San Pedro y San Pablo: en lo alto de la clave de la bóveda el Espíritu Santo. En los seis asientos del embasamento hay estatuas de media vara de alto, que representan los cuatro doctores, Santo Tomas y el Papa Urbano VIII. En los respectivos encañamientos que hay entre los arcos, van en alegoría seis de los sacramentos; son estatuitas. Las bases ó pedestales de las columnas ofrecen otras tantas historias de bajo relieve: las enjutas de los arcos están embutidas con ángeles que tienen ubas y espigas. Por encima de la cornisa corre una barandilla con postes que reciben á doce ángeles niños con atributos de la pasión. El cuerpo segundo es corintio; las columnas de fuera están adornadas en sus dos tercios, y el de enmedio está istriado oblicuamente. En su centro vá la sagrada forma en un viril de valor exorbitante por sus piedras preciosas y adornos de oro: se ven á su rededor á los cuatro evangelistas: por fuera entre columna y columna, y de dos en dos, hay estatuas de varios santos.

Los pedestales están tambien adornados de relieve como el friso: encima de la cornisa de este cuerpo hay doce figuras que representan los dones y frutos del Santísimo Sacramento, segun Santo Tomas.

El cuerpo tercero es compuesto; en su centro está el cordero de los siete sellos con cuatro animales del apocalipsis: en los pedestales, frisos y columnas hay relieves y adornos caprichosos. El cuarto cuerpo es tambien compuesto, está la Trinidad sobre un arco Iris, todo enriquecido de los adornos correspondientes; sobre este cuerpo desaxna una cupilla que lleva una campanilla, y remata la obra con una cruz.

Esta es la elegante custodia de la catedral de Sevilla, segun la dejó Arfe; pero la desgracia que parece persigue tenazmente á las obras de esta naturaleza, hizo que en el siglo XVII se hiciese la profanacion artística que vamos á referir. Mandó el cabildo al platero Juan de Segura (que aunque de mérito estaba muy distante del de Arfe) que hiciese una estatua de la Concepcion para colocarla en lugar de la de la Fé: que los ángeles niños del cornisamento del primer cuerpo, los hiciese ángeles mancebos, y en el remate quitase la cruz: poniendo en su lugar la estatua de la Fé: obra que ejecutó el citado Segura desde 1668 á 1669; entónces se colocaron estas piezas alterando la traza y sabia disposicion que dió á su mejor obra el inmortal platero de León: añadiendo además un sotabanco con jarras de azucenas. Para hacer estas fatales innovaciones es probable que se fundieron las piezas que se quitaron. ¡Borrón imperdonable! Tal está la custodia en la actualidad, y así la grabó en lámina el pintor Juan de Valdés Leal en la expresada época.

El peso de plata de solo la custodia es en el día de 2174 marcos, 5 onzas, y 6 ochavas (43 arrobas, 12 libras, 5 onzas y 6 ochavas).

Se adornan las calles de la estacion con grandes toldos que las defienden del sol ardiente de Andalucía; las casas aparecen desde la tarde anterior á la funcion colgadas de damasco y otras telas, cubriendo casi toda la fachada, lo que produce una vista asombrosa. En la catedral se coloca en el trascorón altar de plata para los oficios, y todo aquel espacio se cierra con rejas: delante de la puerta grande está una gran colgadura de terciopelo carmesí que tiene 3038 varas de género; con galon de oro fino, lo mismo está colgada la parte que mira á la calle: las columnas de la nave de enmedio están tambien vestidas de terciopelo del mismo color y galon, pudiéndose asegurar que el costo de todas las expresadas colgaduras pasará de 800,000 reales va.: la custodia está colocada en medio del espacio cerrado, sobre unas parrubas con sus ricos frontales bordados, y con cuatro candeleros y bien trabajados candeleros en cada una de las esquinas. En este sitio del trascorón se colocan bancos de espaldas tallados de oro y forrados de terciopelo carmesí, aunque no del mejor gusto, y sirven para el cabildo, música, etc.: se estrenaron en el año de 1778; todo el cabildo se traslada á este sitio para cantar las vísperas, hacer los oficios del día de la festividad, y desde este punto parte la procesion.

J. COLON Y COLON.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

FIESTAS EN MADRID EN 1637.



El 13 de enero de 1637, recibiendo el rey Felipe IV la feliz nueva de la elección del rey de romanos del serenísimo Ferdinando III su cristianísimo primo hermano, determinó hacer una pública demostración de su contento, que fuese benemérita de él y de su grandeza, en esta manera.

Plántose una plaza de madera fuera del nuevo y lucidísimo palacio del Buen-retiro en un eminente sitio que tenía 648 pies de largo, 480 de ancho, y en toda su circunferencia 408 balcones de gran capacidad, al fin en que trabajaron más de 3000 hombres, cubriéndose la fábrica de tejados fingidos de madera, teñida en rojo, que miraba por la parte del mediodía á lo más vistoso de esta Corte, así por la copia de edificios, como por la frescura de su prado y arboledas. Por la del Septentrion terminaba la puerta de Alcalá y monasterio de religiosos descalzos de San Agustín. Al oriente el real de los de San Gerónimo y al occidente el de los carmelitas descalzos. Estaban los balcones por la parte exterior con heraudilla de plata y oro y por dentro perfectamente colgados de variedades de sedas y tapices. En cada pilar que los dividía dos lanchas blancas, corriendo por toda la circunferencia sobre el fiso y cornisa 900 faroles de hermosos vidrios y graciosa forma, labrados para solo este efecto, en los cuales había innumerables luces porque tenían á cuatro cada uno, demas de 300 que con ventajosa grandeza se señalaban de espacio á espacio breve, quedando entre uno y otro tres menores.

A la parte septentrional estaba fabricado un balcon de mayor embiencia para las personas reales, de brandillas doradas y lo mismo el techo con gran primor, teñido de agradable verde perfilado de oro: rompía la cornisa un hermoso globo del orbe, á un lado el 4.^o planeta, rematándolo todo una corona imperial y debajo de ella esta letra: *Illustrat et fovet*. Adornaban tan vistosa estancia muchas vidrieras cristalinas, desde las cuales reverberando esa máquina de luces, hacia dudar de la posibilidad de reducirse á número, y así quedaba la claridad de la plaza en modo que podia preguntarse si habia amanecido con estrellas ó anochecido con sol.

Partian desde los extremos de la cornisa de este balcon en grande espacio sobre la de toda la fabrica los escudos y armas de los reinos que felizmente están unidos á esta monarquía.

A la mano derecha aparecian el real consejo de Castilla, el de la inquisición, el de las Indias, el de órdenes, el de hacienda y la diputacion del reino.

A la mano izquierda el consejo de Aragon, el de Italia, el de la cruzada, el de Portugal, y la Villa de Madrid.

Asistian el Noncio de su Santidad, el Patriarca de las Indias, el embajador de la Magestad Cesarea, los de los reinos y diferentes repúblicas. Concedo el domingo 15 de febrero quiso dar S. M. principio á esta pompa, (con salir de casa de Carlos Strata, Caballero del habito de Santiago, que vivia entre los italianos y los clérigos menores, adonde fue á vestirse) hallada con el aparato y lucimiento posible á tal ocasion, desde esta hasta la puerta

del real convento de San Gerónimo, procedía una amplísima calle con dos hileras de luces encendidas en varias y copiosas materias y agradables correspondencias, con que se manifestaba todo desde un extremo al otro, así como pudiera de día.

Sobre la primera puerta estaba fabricado un balcon, guarnecido de lo propio que la plaza, en que se puso la reina, el príncipe su hijo y la princesa de Castián con los sayos, empezando luego á componerse la fiesta en este modo.

Iban delante ocho tambores á caballo vestidos de lana blanca y sombreros de lo mismo; seguíanlos cuatro trompetas tambien á caballo con baqueros de terciopelo carmesí guarnecido de plata y sombreros de lo propio: dislaban poco las chirriñas con los demas instrumentos sonoros, dispuestos por su orden, lezando el auge de armonía inmensa, á quien seguian quince cuadrillas de á doce caballeros, con la de S. M. diez y seis, todas conformes en los vestidos de terciopelo lino negro, bordados de velo de plata blanco, tocados, plumas y jaezes de las mismas colores, puestos todos en vistosos caballos de dos en dos en la Carrera de San Gerónimo con sus lanchas de cera blanca en las manos y con otras los seguian gran número de lacayos de la misma librea, siendo los padrinos de esta fiesta el Almirante de Castilla, el príncipe de Esquilache, el duque de Híjar y D. Carlos Coloma. Estando todos puestos, como se ha dicho, salió S. M. de la casa de Carlos Strata, acompañándole su cuadrilla, vestidos del mismo color, si bien el del rey y conde de Olivares, bordados de riza y vistosa labor. De las damas fueron cabezilleros y entraron en ellas los señores y caballeros siguientes:

Cuadrilla de S. M.

Marqués de Belmonte, hoy duque de Medinaceli, marqués de Cañete, marqués del Espinar, conde del Puerto, conde de Aguilár, conde de Berajas, conde de Fuensalida, conde de la Moncloa, conde de la Corzana, conde de Osidus y D. Francisco Mascareñas.

Cuadrilla del conde duque.

El conde duque, el marqués de Palacios, el conde de Visaven, D. Rodrigo de Cardenas, D. Luis Puerto Carrero, D. Lope de Hozess, D. Diego de Zárate, D. Diego Ramirez de Haro, conde de Bornos, D. Luis Carnero, conde de Layola del Principe, D. Juan de Vargas, Don Rodrigo Pimentel, y D. Juan de Silva.

Otra cuadrilla del conde duque.

El conde de Villalva, D. Francisco de Veamonte, Don Luis Gerónimo de Contreras, D. Antonio Bonal, D. García de Brizuela, D. Juan de Lujan, D. Francisco de Balcezar, D. Juan de Prado, D. Gaspar de Prado, D. Francisco de Rojas Vivanco, D. Gaspar de Robles y D. Juan Mejía.

Cuadrilla del condestable de Castilla.

El condestable, marqués del Fresno, su hermano, marqués de Cuellar, marqués de Stabara, conde de Grajal, conde de la Rivilla, Vizconde de Molina, Don Antonio Mesa de Torvar, su hermano D. Alonso Ortiz de Velasco y D. Pedro de Castañón.

Cuadrilla del duque del Infantado.

El conde de Tendilla por el duque, marqués de San Roman, marqués de la Fuente, marqués de Antona, conde de Oruña, conde de Villar, conde de Brantivilla, Don Esteban Hurtado de Mendoza, D. Baltasar de Zú-

ñiga, D. Bernardino de Ayala, D. Luis de Mendoza, y Don Gaspar Mantilla.

Cuadrilla del marqués del Carpio.

Marqués del Carpio, marqués de Povar, conde de Castriño, conde de Lodosa, conde de Zidilla, conde de la Torre, D. Sancho de la Cerda, D. Fernando Barradas, D. Cristóbal Guardiola, D. Francisco de Lerma, Don Martín de Saavedra y D. Luis de Peralta.

Cuadrilla del duque de Pastrana.

Duque de Pastrana, duque de Ciudad-Real, marqués de la Alameda, marqués de Almenara, marqués de la Mizada, marqués de Mirallo, D. Francisco Luzon, Don Luis Frejo, D. Gaspar Bonifaz, D. Francisco de Angulo y D. Juan de Morales.

Cuadrilla del duque de Híjar.

El duque de Híjar, marqués de la Conquista, marqués de Castro fuerte, conde de Taroca, conde de Figueroa, conde de Villamonte, D. Francisco Gurrea, Don Alberto Coloma, D. Francisco Enriquez de Silva, Don Juan Ramírez, D. Pedro Niño de Castro, y D. José Strata.

Otra cuadrilla del duque de Híjar.

El conde del Real, D. Francisco Valenzuela, D. Pedro de Vasconcelos, D. Diego de Quiñones, D. Diego Guzman, D. Alonso de Paz, D. Rodrigo de Herrera, Don Gaspar de Guzman, D. Pedro de Alva, D. Gerónimo de Carvajal y D. Baltasar de la Cueva.

Cuadrilla del duque de Peñaranda.

Duque de Peñaranda, marqués de Fromista, conde de Montezuma, D. Juan de Cardenas, D. Fernando de la Cerda, D. Francisco de la Cerda, D. Gerónimo de Vera, D. Gonzalo Manrique, D. Pedro de Vega, D. García de Cardenas, D. Rodrigo de Tapia, D. Pedro Reynoso y Toledo, señor de Utrillo.

Cuadrilla del conde de Oropesa.

El conde de Oropesa, marqués de Villa mayor, marqués de Tovar, marqués de las Navas, marqués de Malpica, marqués de Salinas, conde de Montalvan, Don Francisco Garnica, D. Manuel de Arriarán y Gamba, Don José de Castrejon, D. Alonso Lancol y D. Agustín.

Cuadrilla de D. Luis de Haro conde de Morente.

Conde de Morente, marqués de Comares, D. Luis Ponca de Leon, D. Francisco Mejía, D. Fernando Bazan, D. Cosme de Médicis, D. Fernando de Alarcón, Don Francisco Ibañez, D. Diego de Salcedo, D. Francisco Vivanco, D. Martín Porres y D. Vicente Zapata.

Cuadrilla del conde de Riela.

El conde de Riela, marqués de Malagon, marqués de Torres, conde de Concastana, D. Alvaro de Luna, Martín Alonso de Ataíde, D. Juan de Borja, D. Mateo Ibañez de Segovia, D. Salvador Correa, D. Pedro Hurtado de Curruera, D. Pedro de Valenzuela y D. Gabriel de Silva.

Cuadrilla del conde de Alva de Liste.

Conde de Alva de Liste, marqués de la Adrada, con-

de de Villa Franqueza, conde de Peñafior, D. Manuel Enriquez, D. García Pareja, D. Luis de Córdoba, Don Pedro Niño, D. Fernando Rivadeneira Calderon, Don Pedro de la Mota Sarmiento, D. Pompeyo de Tassis y Don Luis Enriquez.

Cuadrilla de la coronada villa de Madrid.

El conde de Montalvo, su corregidor Francisco, Enriquez, Felipe Sierra, D. Gaspar de Valdés, D. Gerónimo Casanate, Claudio de Cos, D. Diego Ordoñez, Don Lope de Porras y Castro, D. Francisco Sardoneta, Don Francisco Mendez Testa, D. Juan del Castillo y D. Luis Zañes Montenegro.

Otra cuadrilla de la Villa.

Marqués de Cosano, D. Cristóbal de Medina, D. Gerónimo Carmenas, Manuel Cortizos de Villasante, Pedro Martínez, D. Rodrigo de la Castra, D. Bernardo de Salas, D. Mateo Alonso de Ortega, D. Pedro Rodríguez de Villarreal, D. Gonzalo Pacheco, D. Diego Merás y Don Pedro Romero.

Luego se seguían dos carros triunfantes de maravillosa y apreciable traza, pintura y adornos hechos por Cosme Lot, industrioso arquitecto florentino, que tenían 22 pies de ancho, 30 de largo y 46 de alto. En la parte estrecha de cada uno se levantaban dos pirámides, en cuyas puntas iban tremolando tafetanes carmesíes: alumbrábase cada uno con cien hachas, cargados de lucidísimas figuras con varias insignias e instrumentos músicos distribuidos con gentil orden. Cada uno iba tirado de 24 buyes cubiertos con paños rojos, guarnecidos de plata y alumbrados con multitud de hachas, puestas en manos de hombres vestidos de vellillos de plata de varios colores á la turquesa, crecía el número de las luces.

Cuarenta salvajes llevando en las manos grandes mazas encendidas como hachas. Con este orden iban andando hasta el balcón en que dijimos estaba la reina, entrando en la plaza en donde se hallaba cuando por ella entró S. M. gobernando su cuadrilla, el conde de Olivares la suya y cada uno de los demás la que le tocaba, formando varios laberintos de escaramuzas, compasados con los escudos de geroglíficos que para división de las cuadrillas estaban en diferentes puestos.

Fueron entrando los carros dando vuelta á la plaza, empezando las figuras á sonar los instrumentos, acompañándolos con su misma música, que llegando en frente del balcón de la reina, representaron un coloquio de la Paz y de la Guerra.

Al pie casi del mismo balcón estaban plantadas las vallas y el estafermo, adonde S. M. ejecutó la destreza que en esto tenía superior á todos, de comun aplauso, continuándola los señores y caballeros. Dejó el rey la plaza subiéndose al balcón de la reina, después de haber dado tanto que admirar; estuvo mirando el resto de la fiesta, que fueron representaciones, músicas innumerables, gente varia natural y extranjera, de cuantas naciones frecuentan su corte; y últimamente oyendo repetir las voces de tanta multitud junta, *viva la felicidad de Felipe IV, viva, viva*; con que los reyes se retiraron á las once á palacio del Retiro, dando fin á la fiesta, siendo de tal calidad, que la pudieron envidiar los más pomposos frutos que celebran las memorias del mundo en siglos pasados y han de celebrar en los futuros.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA TORRE DE LA MAL-MUERTA.



ando débil y vacilante el poder real en Castilla, apenas podía sostenerse contra las intrigas y manejos sediciosos de los ricos-hombres que hacían descaradamente la guerra á su rey, al mismo tiempo que detrozaban el país con sus parcialidades, convirtiéndolo impunemente en teatro de sangre y de desolación, no eran mas respetados los bienes y las vidas de aquellos á quienes declaraban su enojo y su enemistad; de lo que no son pocos los ejemplos que la historia nos ofrece, y la misma autoridad real que no era bastante á volver por sí y hacerse fuerte contra la arrogante osadía de los señores, podía menos vindicar las injurias é insultos hechos á los vasallos mas débiles, á quienes no les quedaba arbitrio para defenderse de la maldad y de la injusticia. Si alguna vez llegaban en aquellos calamitosos tiempos á castigarse los delitos y desafueros de aquella engreída y altanera nobleza, era con unas penas tan livianas que servían mas bien de estímulo para que se cometiesen nuevos crímenes, que de saludable escarmiento á la perversidad.

Esto se vió en Córdoba, y no por cierto en uno de aquellos reinados mas fecundos en maldades y turbulencias cual, fue el de D. Enrique III que tan amante nos lo pinta la historia de la rectitud y de la justicia. A principios del siglo XV cierto caballero de Córdoba poseído de una pasión que tan precipitada es, y tan poco consejo admite, como son los celos, dió, sin causa bastante justa, muerte á su mujer, y «el rey, dice una memoria antigua, hecha la comun prueba mandó por condenación

que á su costa se hiciese esta torre,» que por este motivo llamaron de la mal-muerta, es decir, de la que murió injustamente. En ella, debajo del arco que la une al muro de la ciudad, en una lápida, en cuya parte superior se ven las armas de Castilla y de Leon, se grabó la inscripción siguiente :

«En el nombre de dios. Porque los buenos fechos de los reyes no se olviden, esta torre mandó facer el muy poderoso rey D. Enrique, é comenzó el cimiento el doctor Pedro Sanchez corregidor de esta ciudad, é comenzóse á sentar en el año de nuestro Señor Jesu-Cristo de MCCCCVI años é sendo obispo D. Fernando Deza é oficiales por el rey Diego Fernandez, mariscal, algnacil mayor, el doctor Luis Sanchez corregidor, é regidores Fernando Diaz de Cabrera, é Rui Gutierrez... é Rui Fernandez de Castillejo é Alfonso... de Albolafia é Fernan Gomez é acabóse en el año de MCCCCVIII.»

No es este de aquellos antiguos edificios que por las señales de su ancianidad, por ocupar sitios tristes y apartados de la habitacion de los hombres y otras circunstancias de las que hieren vivamente la fantasía, debiera dar materia á las consejas y cuentos en que para el vulgo consiste toda la historia de estos edificios. Es una fuerte y gallarda torre (1) bien conservada y construida en sitio

(1) Acordándose de estas condiciones el ingenioso autor del libro espósto compara con esta decantada torre de su patria

muy frecuentado por el pueblo; pero el nombre de la mal-muerta y estar ya ilegible la inscripción ha dado margen para que el vulgo finja á su placer las fábulas y maravillas que tanto halagan su credulidad. Para este es una torre que sin duda fabricó un moro encantador donde dejó escondido un gran tesoro. El que al pasar por bajo del arco corriendo un caballo lea el letrero de que apenas queda vestigio, ese será el afortunado á quien el sabio encantador destinó la posesion del escondido tesoro; condicion que por desgracia hará que éste permanezca sepultado hasta el fin de los siglos.

La torre de la mal-muerta, como otras de esta y de otras ciudades, sirvió por mucho tiempo de prisión para los caballeros que no podian ser puestos en la cárcel pública. Uno de los que en ella estuvieron encerrados murió allí mismo trágicamente en castigo, milagroso dicen, de su delito. Tenia enemistad con cierto hombre á quien habia resuelto dar muerte, y no halló ocasión mas oportuna que la que le dió la procesion y visita del Santísimo Sacramento, que se celebraba en la parroquia de S. Miguel. El caballero vió á su enemigo entre la gente que habia concurrido, le acometió, y no teniendo esto otro esugio se acoge á uno de los sacerdotes que iban en la procesion; pero no le valió el sagrado, porque el caballero le dió muerte allí mismo sin reparar el lugar en que cometia el homicidio. Fue llevado preso á la torre de la mal-muerta, y ya habia estado algun tiempo en ella cuando un dia llevando el viático para un enfermo que vivia en el cimpo de la Merced cerca de la torre, el caballero preso se puso de rodillas sobre el arco que dá paso á ella desde el muro, y ¡caso maravilloso! la piedra sobre que estaba, aunque firme, se desplomó, y cayendo á tierra sobre él quedó muerto allí mismo. Este suceso contaba el veinticuatro de Córdoba D. Juan de Armenta, pariente del caballero homicida, al doctor Enrique Vaca de Alfaro en 1682.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS—DEZA.

REVISTA DRAMÁTICA.

CONSIDERACIONES GERALES SOBRE EL TEATRO Y EL INFLUJO EN EL EJERCICIO POR EL ROMANTICISMO.

Uso de Madrid — *La Cabeza encantada* el español en Venecia, drama en cinco actos y en verso. Su autor D. Francisco Martinez de la Rosa — *Teatro del Principe* — *Carcelazo de la Fega*, drama en cinco actos y en verso de D. Gregorio Romero y Larruga — *Emilia*, drama en cinco actos y en prosa escrito por D. Ramon Navarrete y Laada.



El teatro vá decayendo por instantes. El rayo fulgente que iluminó un dia á Esquilo y á Eurípides, á Shakspeare y Calderon, Schiller y Corneille despide hoy sus últimos reflejos, y acaso en breve se apague y estinga para siempre. Hace diez años pareció lucir para la literatura dramática un nuevo dia, un nuevo y brillante porvenir; pero ese dia ha pasado ya y la esperanza en el porvenir está desvanecida.

¿Cuál fue la mision que vino á cumplir el romanticismo? y decimos esto, porque nosotros no vemos en ella una cuestion de formas solamente, porque nosotros no

podemos ni aun imaginar que por espíritu no mas de bandera se alistáran en las filas de la nueva escuela hombres tan ilustres como Lamartine, Walter Scott y Chateaubriand. Si; el romanticismo tuvo una mision grande, elevada que llevar. La Francia en un instante de delirio y fiebre habia lanzado lejos de ella un pasado de diez y siete siglos, la patria de Carlo-Magno y de San Luis habia destruido en un momento de vertigo troncos y altares, ilusiones y creencias. Una cosa, empero, quedara en pie, y ella sola pudo enseñorearse sobre el campo sembrado de sepulcros; el drama! pero el drama de Voltaire filosófico, político. Y no podia menos de ser así. El pueblo que quiso hacer la gran parodia de Atenas y de Roma, el pueblo que en su sed de libertad, en su anhelo de igualdad mentida habia arrancado la corona de la frente de sus reyes para levantar sobre ella á los nuevos tribunos, no podia menos de aceptar con entusiasmo los dramas de Voltaire, dramas en que los acentos de libertad, de gloria, se escuchaban, dramas en que los recuerdos de la antigua Grecia y de la augusta Roma se encontraban juntos. No les bastaba á los ardientes republicanos del pueblo francés ver trasladados los comicios al campo de Marte; necesitaban asistir en el teatro á esa lucha entre el pueblo y el senado, entre el tribuno y Coriolano, entre Tarquino y Bruto.

A esa bandera levantada en nombre de la igualdad debia oponerse otra bandera apoyada en las tradiciones de los siglos, en los poéticos recuerdos de la edad media. Y esa enseña debió levantarse en Alemania, allí donde cada ruina de los desnudos cristillos es un recuerdo, allí donde todo ofrece al alma la memoria de esos siglos pasados ya. Los libros y valientes Germanos, los descendientes de aquellos indómitos guerreros que humilláran las águilas romanas, que vencidos en un instante de desgracia por el infeliz Germánico debian mas tarde levantar su frente para sacudir el yugo de la viva Roma, los Germanos que habian llevado sus armas á los desiertos de la Palestina, que habian derramado su sangre en el siglo XVI por la religion, sangre que debia prestar nueva vida al arbol de las creencias de sus padres, los Germanos se presentaron en la lid para combatir con las huestes de los hijos de Carlo-Magno, que habian renegado de su pasado, de su historia.

Pero no bastaba combatir, vencer en el campo, era preciso lidiar y triunfar con las ideas. Era preciso decirle al pueblo que en su delirio habia querido vestirse con el manto de Atenas y de Roma, al pueblo que habia destruido todas las clases, al pueblo que habia arrojado lejos de sí la religion de sus padres « Nosotros tenemos tambien un recuerdo en esos siglos en que unidos á vosotros lidiábamos para conquistar el sepulcro del redentor divino; nosotros respetamos aun á los nobles hijos de las valientes cruzadas: en vez de vuestro ayer de Roma y de Atenas, nosotros tenemos la memoria de la edad media, de esa edad de fé, de entusiasmo, de nobles y elevados sentimientos; en vez de vuestro culto á la razon y á la justicia, nosotros tenemos la religion de nuestros mayores, la religion que tiene á Sion y al Gogolá por templo, á Abraham, Moisés, á Jesucristo por apóstoles. » Esta y no otra fue la mision del romanticismo, mision por cierto grande y gloriosa. Y triunfó, sí; y la Francia humilló su alta frente, y ella, la patria de Voltaire y Helvecio admitió la literatura de Shakspeare y Calderon.

La novela tuvo á Walter-Scott y á Chateaubriand que crearon el uno el romance de la edad media, el otro la epopeya religiosa; la poesia lírica la tendió á Lamartine.

Un poeta de genio y de talento, un jóven venido de la Vendée debia hacer estensiva al drama la tendencia de la nueva escuela. Ese jóven de talento, ese poeta de ge-

al romance terciara al forzado Alvar-Sanchez cuando dice:
La torre de mal-muerta parecia
Quando la tempestad la cubria en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella ranco de furor bramando.

nio fue *Victor Hugo*, el inspirado y entusiasta autor de las odas, de las orientales y del *Hernani*.

Porque prescindiento de los defectos que no negaremos ¿qué era *Hernani*, sino la magnífica novela dramática de Calderon, el brillante reflejo del drama de Corneille? Porque preciso es decirlo, aun cuando parezca estraña semejante amalgama: Calderon y Corneille deben marchar reunidos. Si, porque es necesario distinguir la escuela de Corneille y de Racine de la de Voltaire y Alfieri (permítasenos poner entre los dramáticos franceses al autor de *Agamenon*). Romántico fue Corneille, romántico fue Racine en el sentido que esta palabra tiene, en la única acepción posible: románticos como lo fueron Calderon y Lope. ¿Dónde hay mas destellos de esa lucha entre la pasión y el deber, el amor y la religión, lucha que creó el cristianismo, donde cariño mas puro, pasiones mas nobles, sentimientos mas elevados, abnegación mas sublime que en el autor del *Cid* y de *Polyenta*, en el poeta de *Bayaceto* y *Atalia*?

Pues bien, *Hernani* no es mas que eso: la lucha del amor contra el honor, de la pasión con su juramento terrible, el reflejo del honor español (caso un tanto exagerado) tan sublimemente presentado en la escena francesa por el autor del *Cid*.

¿Pero era posible en el siglo XIX, en este siglo filosófico, en el que marchitas las grandes pasiones de la juventud de los pueblos, el alma no se eleva en alas de la fé, en el que el corazón gastado no puede seguir los vuelos de la ardiente fantasía del poeta, entusiasmarlo, conmoverlo con los recuerdos de una edad en que el amor era un culto, en que la religión, el honor y todas las grandes y elevadas sentimientos llenaban el corazón? Yo no lo sé; pero para que *Victor Hugo* hubiera podido ser el apóstol de la humanidad era preciso que se alejara de la atmósfera en que vivía, y que se hubiera retirado al país en que nació. Y allí, en medio del pueblo que con tanto desdén, con tanta desesperación habia lidiado contra la república, allí á la sombra de los bosques, á la orilla de los ríos, allí bajo el techo donde pasó los días primeros de su juventud, haberse abandonado á la poética inspiración de su alma joven y entusiasta, á los sentimientos purísimos de su corazón. Y entonces, cuando hubiera escrito un drama ó un libro, apoyado en su fama encaminarse, cual *Corneille*, hacia *París*, subir al teatro, y conmover aquellos corazones, haciendo vibrar las cuerdas de sus almas.

Por desgracia no fue así: el aire de la capital de la Francia secó las fuentes de purísima poesía que abrigaba en su corazón uno de los mas grandes é inspirados poetas del siglo XIX, y difícil será reconocer hoy en el autor de las *Voces interiores* y de *El rey se divierte* el poeta de las odas y orientales, el autor de *Hernani*. El drama se ha hecho político, y la política mata la poesía.

Un artículo que honra á su joven autor y que todos habrán tenido el placer de leer en el último Semanario, ha hecho nacer en mí las reflexiones que preceden.

Acaso en ninguna nación el romanticismo (y ya hemos dicho lo que por esta palabra tantas veces parodiada entendemos) pudo hallar mas favorable acogida que en España, en la nación que tenia á un Calderon, á un Lope de Vega, y á un Moreto. Porque ¿qué otra cosa son los dramas de nuestros grandes poetas que bellísimos, magníficos poemas donde el amor, la religión, el honor, todos los sentimientos elevados y caballerescos se encuentran por do quier?

El distinguido literato que trasladó, y de una manera tan sublime, á nuestra escena una de las mas grandes creaciones del teatro griego, el autor de *Edipo* conoció

también que una buena era habia llegado para el drama, y bajo el influjo de ese sentimiento escribió la *Conjuración de Venecia*, cuadro terrible, donde al lado del amor y de sentimientos dulcísimos está la desgracia y la venganza, donde al lado de la virtud está la tiranía; cuadro de brillante colorido, y en el que los pinceles suaves se pierden entre los resgos sombríos y profundos de nuestro poeta.

Extrañable cariño, manifiesta predilección tiene á Venecia el Sr. *Martínez de la Rosa*. La Italia y la España son hermanas: el mismo sol luce en el cielo de Granada y Sevilla que en los de Nápoles y Venecia: el suelo de Italia regado está con la sangre de españoles; ella ha hecho crecer las flores que brotan en su suelo; la poesía de Virgilio y Garcilaso, del Tasso y Herrera es una misma; uno es nuestro pasado, una la historia de ambos pueblos.

Y á más de eso Venecia para el alma del poeta es un sueño de inagotable poesía. Terrible, sombría por un lado, la capital de la poderosa y temida república de la edad media, la reina y señora del Adriático, tiene su plaza de S. Marcos cubierta de sangre, la boca del león que se traga las delaciones, los sombríos subterráneos donde se ahoga la voz del desdichado, el tribunal de los diez, el puente de los suspiros, las aguas de ese lago vasto cementerio; pero tiene también su carnaval interminable, sus bellas italianas ardientes y enamoradas cual las hermosas nacidas en la Andalucía; tiene también sus máscaras y gondoleros, sus trovas apasionadas, sus cánticos dulcisonos, su sol de fuego, su luna cándida y luciente, sus noches de ilusión y amores.

«Dejemos, ha dicho nuestro poeta, á la triste, á la sombría Venecia, pues ese cuadro ya le hemos dibujado; pintemos á la Venecia feliz y venturosa; en vez de la boca de hierro que delata, los labios que hablan amores, en vez del aire fétido que se respira en los lóbregos calabozos, la brisa que murmura y mece las banderas de las gondolas, en vez de la desdicha y del infortunio, cantemos el amor, cantemos el placer.»

Nada mas sencillo y ligero, y nada mas vivo y animado que el cuadro del *Español en Venecia*. Inés, nacida en Sevilla, en la encantadora Sevilla; Inés que ha sentido los rayos del ardiente sol de Andalucía; Inés apasionada y amorosa cual lo son las hermosas de la ciudad que habita el Guadalquivir; D. Luis, español y sevillano también que tiene de D. Juan Tenorio lo galante y veleidoso, sin lo terrible y sombrío; Strozzi, noble italiano, que ama también y que es celoso como todos los venecianos, y Salpicon, que es digno de ocupar un puesto entre los graciosos de Tirso y de Moreto, hé aqui los personajes principales del drama del señor Martínez de la Rosa.

Bello es el primer acto en el que la esposición se desliza sin sentir, en medio de una noche de carnaval; cuadro que nos ha recordado el bellísimo también de la *Conjuración de Venecia*; bella la escena doce del segundo acto en que hay tanta poesía, tanto amor; pero mas bello que todo eso es el tercero que nosotros no vacilamos en tener cual el mejor acto del drama. Hay tanta poesía, tanta animación y viveza en los bellísimos versos de las escenas segunda, tercera y cuarta, que no podemos resistir al deseo de reproducir aqui algunos de ellos, pues dicen mas en su abono que lo que espresar pudieran nuestros débiles elogios.

Así habla el vetusidoso D. Luis...

Noche plácida y serena,
 Como me hechiza tu calma
 En el silencio
 Escucha el pecho de pena

Gustando á placer el alma
paz sabrosa;

Solo se escucha el rumor
del agua y brisa suave
dulce y blando;
O el canto del pescador,
O el ala fugaz del ave

revelando.
Gima preso de un cabello
Quien de amor se rinde al yugo,
vil cautivo;
Yo libre ostento mi cuello;
Libre al cielo hacerme plugo;
libre vivo.

Inconstante corre el río,
Inconstante sopla el viento,
hierve el mar;
Y fuera gran desvarío
Voluntad y entendimiento
esclavizar.

De los cielos las estrellas
Y de los campos las flores
contar quiero.
Y en igualándose á ellas
Mis galanteos y amores
feliz numero.

No sabemos si hay en nuestra poesia algo mas dulce que esta armoniosa y suavísima música que se desliza sin sentir.

Y si quieren nuestros lectores una escena digna de Calderon y Lope, una escena en que cada verso encierra un bellissimo pensamiento, llena al mismo tiempo de gracia y de viveza, de poesia y de imaginacion, lean una y mil veces los siguientes versos.

ESCENA III.

Don Luis y Doña Inés á una ventana.

Inés (cantando). Faval de muchos colores
En un galan sienta mal;
Que tal vez es la señal
De tener muchos amores...
Uno solo,
Uno sí,
Y ese para mí!

D. Luis. Para vos, señora mía,
Para vos sola será...

I. ¿Quién me grita desde allá?

D. L. Que la adivineis querria;
¿nada os dice el corazón?

I. ¿Razon?... Tenerla procura...
Como está tan alto el muro,
Llega muy confuso el son...

D. L. Decirme habeis ofrecido...

I. ¿ido?

D. L. Cual es vuestro nombre.

I. Que me he yo de un hombre

¿Y si es falso y jumento?

D. L. Os juro que será fiel...

I. ¡Miel! Eso sí me dará...

D. L. Esclavo vuestro será.

I. Será lo que quiera él.

D. L. La voz se la lleva el viento.

I. Por eso no hay que fiar:

Que puede el viento llevar

También vuestro juramento.

D. L. Con la sangre de mis venas.

I. ¿Penas? Las que me traerais.

D. L. Mientras viva me tendreis

Cautivo en vuestras cadenas.

I. ¿Acaso no tenéis dueño?

D. L. Nunca di mi libertad.

I. ¿Y ahora en esta oscuridad
Queréis formar tal empeño?
D. L. Por esas luces divinas
Que alumbran el firmamento...
I. Vuestra voz se lleva el viento
A casa de mis vecinos.

D. L. Donosa sois por demas.

I. ¿Mas quisierais todavía?

D. L. Una tan sola querria.

I. Y las que vengan detrás.

D. L. Un Dios, un rey y un amor,

Esa señora es mi ley.

I. Pero antes que muera un rey,

Ya le poneis sucesor.

.....

.....

Bien se conoce en estos versos al poeta que ha bebido la inspiracion en nuestros galantes dramáticos para los que el amor era una religion y fuente inagotable de poesia.

¿Y por qué no ha dado rienda suelta al sentimiento, á la pasion que abraza su alma, porque su sensible corazón no ha dibujado con brillante colorido alguna otra de estas escenas que llevan al espectador á un mundo mas bello, á un cielo de ilusion y amores?

A esto nos responderá el distinguido literato de quien nos ocupamos, que no ha querido escribir un drama de pasion y sentimiento, ni dibujar un cuadro lleno de fuego y entusiasmo, y si solo retratar uno de esos paisajes floridos y amenos en que la naturaleza ostenta su sencilla y purísima belleza.

Y nosotros diremos tambien; añadid á toda esa poesia las dulces canciones que se escuchan en la callada noche, al rayo incierto de la tibia luna, los gritos de los marineros, las luces de los faroles de mil colores, todo el aparato escénico, y podreis adivinar tal vez el cuadro dibujado por el señor Martinez de la Rosa.

Si pedis un pensamiento á su drama, el poeta os dirá que ha querido hacer triunfar el amor de la inconstancia, el cariño, la pasion á la veleidad, la mujer amante y cariñosa del hombre inconstante y galanteador. ¿Y quién por mas veleidoso que fuera no se prenderia en los lazos de amor, si quien los tege es tan bella y adora con tanto delirio como Inés?

No concluiremos este artículo sin felicitar al ilustre poeta, á nuestra España y á nosotros mismos. Sí, nosotros lo decimos con alegría; al ver á uno de los hombres mas dignos de nuestra patria, á uno de los nombres mas ilustres de nuestra nacion al frente de la Academia Española y del Ateneo de Madrid, cautivando en este con sus elocuentes acentos á una juventud ansiosa de enseñanza y gloria, al verte diputado del pueblo español llevando su noble acento á la tribuna, al verte cual distinguido poeta contribuir entusiasta y ardentemente á las glorias del Liceo de Madrid, no podemos menos de consignar el tributo de nuestra veneracion al orador elocuente, gratitud y alabanza al distinguido literato.

Muy tarde llegamos ya para rendir tambien gracias á las bellas y socios del Liceo que tan felizmente comprendieron la obra del señor Martinez de la Rosa. Tanpoco como vale nuestro elogio, gustosos se lo damos.

Contra lo que habiamos pensado nos hemos estendido tanto, que no cabe en este artículo el juicio de los dramas de los Sres. Larrañaga y Navarrete. En nuestro próximo artículo analizaremos las obras de estos dos jóvenes poetas.

DIEGO COELLO Y QUESADA.